

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO



MAUCCI H.^{OS} MÉXICO

P685

*** BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO ***
Tercera serie.— Después de la conquista

El fin de un héroe azteca

ó

LA ETERNA MALDICIÓN

POR

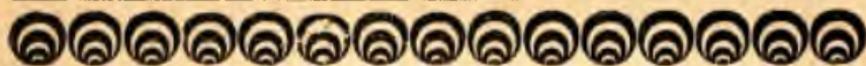
HERIBERTO FRIAS



MÉXICO

Maucci Hermanos.—*Primera del Relox, 1*

1900



EL FIN DE UN HÉROE AZTECA



¡Amiguitos míos, venid á ver el fin de un héroe!...

Lectores de las leyendas y de los hermosos cuentos que narran y describen las escenas maravillosas y los episodios magníficos de aquellos antiguos combates, venid á mí, venid á escuchar el fin de una hecatombe sangrienta!...

Oh! amiguitos de los héroes aztecas, vosotros los que amáis á los héroes... niños bondadosos y patriotas que sabéis recordar los grandes sacrificios de los que murieron con más gallardía y apostura, legando en la historia nombres eternos...

Oh, vosotros los que amáis las hazañas antiguas...
venid á ver la espesura del profuso bosque...

¡Que profunda y que tétrica es la noche...!



Palpitan, estremecidos por las ráfagas del Norte,
los viejos platanares... ¡cuánta tristeza, amigos
míos!...

¿Por qué hay tanta tristeza? ¿Por qué hay tan lóbregos atavíos entre las sombras de los ejércitos que marchan, marchan y siguen marchando en las tinieblas?...

¡Es la noche del horror!

¿Quienes marchan en las sombras entre las negras asperezas de las montañas, caminando lentamente, escondiéndose por entre las espesuras sombrías?...

¡Es el ejército español que se dirige de México, la opulenta ciudad que al fin fué tomada por terrible asalto, hacia las regiones del Sur, hacia las magníficas comarcas de Oaxaca donde hay jardines primorosos y verjeles esplendentes, huertas bellísimas y prados regios... y que tiene en las faldas de las montañas cavernas, donde se tocan muros de oro macizo y esquinas de esmeraldas y diamantes!...

* * *

Así; así han contado los vagabundos sacerdotes que llegaban de las regiones del Sur... ¡Y ellos mismos refirieron más tarde los desastres de las tropas que fueron á lograr el alcance de los fugitivos allá en las intrincadas y atroces encrucijadas!

¿Ahora queréis saber por qué cuentan las historias que se decidió Cortés á cometer el crimen más negro de su historia?

¿Sabéis por qué aquel caudillo tan bravo, amiguitos míos, porque no hay duda de que era valiente, aunque ingrato y malo, sabéis por qué se decidió á emprender la aventura tenebrosa?

—¿Qué fué?...

—¡Un fatalismo cruel!

¿Un fatalismo cuando era el mismo Hernán Cortés á los ojos de los aztecas el símbolo terrible y fatal del fin de su raza?... se preguntaban los ancianos *tlaxcaltecas*, aquellos *tlaxcaltecas* que tanto odiaban á los mexicanos por cuestiones de antiquísimas barbaries odiosas...

En la noche, á la luz de la luna, bajo las enramadas de la selva se escuchan tristísimos lamentos; se oyen sollozos larguísimos y se perciben aullidos tenebrosísimos cual si partieran de las más hondas cavernas...

—¿Qué pasa?

—¡Es un coro de fantasmas que aullan formidablemente en los desiertos!... ¿Qué pasa?

Oid... oid, amiguitos míos... El ejército de Hernán Cortés esta acampado en medio de un bosque.

Primero se encontraba en la llanura... pero no quiso Cortés permanecer allí porque oía grandes estruendos que le molestaban; después se dirigió á las faldas de un monte, pero también allí tuvo el caudillo de los blancos, terribles ansiedades que no le proporcionaban calma!

¡Entonces fué cuando se decidió á bajar á la cañada profunda donde se desarrollaba un inmenso y especísimo bosque!...

¡Y era plena noche!... ¡Mas conque tenue melancolía la luna bañaba las espesuras donde se estremecían los árboles, como si estuviesen lamentándose en la tristeza de la noche, al abrigar al ejército de los enemigos de una raza!...

¡Que noche aquella!... ¡El caudillo de la ambición y de la conquista; el hombre que se había creído un ídolo conduciendo sus tropas contra las huestes de los infelices *aztecas*, aquel hombre, aquel Hernán Cortés, estaba, como ya os he dicho, muy abandonado á sí mismo!

¡Por fin hizo que le pusieran su tienda de campaña debajo de un inmenso árbol... Formó su gua: día y en el silencio y tranquilidad de la noche á los rayos de la luna, empezó á meditar!

¿En qué pensaba el vencedor de los aztecas?...

¿Con que pensaba el hombre que había entregado al Rey y Emperador Carlos V, el reino de México arrebatado á fuerza de fuego y sangre... y con él arrastrando á los reinos de *Xalisco*, *Mi-*



choacan, *Texcoco*, *Tlacopan*, *Xochimilco* y los demás señoríos y reinos que dependían de lo que había sido en un tiempo el poderoso imperio del *Anahuac*?... Oh!... ¿en qué podía pensar el terri-

ble vencedor de tantos ejércitos, el formidable hijo del Sol, el hijo de *Tonatinh*, el que había llegado vestido de acero á dominar y subyugar para siempre á los pobres descendientes de *Moctecuhzuma Ilhuicamina*, el vencedor y *flechador del Cielo...* y de *Axayacatl* el magnífico y el soberbio?

Oh, sí; ¿en qué pensaba en su tienda abandonada en el sombrío campamento del bosque, bajo los ramajes del inmenso árbol bañado por los rayos melancólicos de la luna?... ¿En qué pensaba Hernán Cortés, mientras su ejército dormía?...

¿A dónde iba?...

¡Iba el caudillo á castigar á uno de sus amigos á quien mandó para que subyugara las hermosas regiones del Sur; los magníficos paraísos, de lo que es ahora la primorosa América del Centro... ¡Cristobal de Olid, aquel su valiente compañero, que en mil combates salvó la vida de Cortés, aquel caudillo amigo, también heroico y también decidido á morir en las luchas contra los aztecas para arrancarles su patria... oh! sí, aquel hombre en quien tanto había confiado, después de haberlo mandado á conquistar tierras hermosas y ricas, se le había sublevado, levantando el estandarte de la rebelión!...

¿Qué hacer contra él?... ¡Marchaba Cortés al

frente de un ejército contra él, llevando á los vencidos y heróicos reyes de *Tlacopan* y *Tenochtitlán*!

¡Hernán llevaba consigo á *Cuanhtemoc*!

¡Iban juntos el vencedor *leopardo* y la vencida *águila mexicana*!...

¡Pobre rey azteca!... ¡Sublime emperador mexicano, que era arrastrado tras el cortejo de aquel soberbio Hernán—el Conquistador de un mundo!...

*

¿Por qué estaba tan triste Hernán Cortés?...

¿Sería por la incertidumbre del fin de su campaña contra su amigo el traidor Olid, sublevado en las Hibueras?... ¿Sería por el eterno cansancio de las marchas entre las selvas de las montañas, mientras allá en el hermoso valle de México otros enemigos más felices que él, aunque sin haber combatido, se apoderaban de los honores y de las dichas y riquezas de la victoria que otros—holgazanes y avarientos hombrecillos recién llegados de España,—ó cavilaba por la ausencia de su amada

esposa *doña Catalina Xuarez*, que quedaría en México?...

¡No, amigos míos!...

Oid lo que cuenta el grandioso cronista de la leyenda. ¡Un infinito remordimiento, un remordimiento vivo y espantoso iba con el conquistador en su eterna agonía!

¿Cuál era aquel vivo remordimiento?

¡*Cuanhtemoctzin!*!...

*
* *

...Allá en el fondo de la selva, bajo los rayos de la luna, se estremecen las almas de los que sueñan con ricos tesoros, mientras los platanares de los bosques profusos, murmuran los himnos de las tibias noches tropicales... Venid, amiguitos míos, á contemplar en el fondo de toda aquella egregia hermosura el trágico fin de un héroe!... ¡Venid á la intrincada selva, llena de perfumes y de hálitos de vida y amor!... ¡Ved!...

· · · · ·
· · · · ·

Un grupo de hombres vestidos de hierro, se dirige hacia un claro del bosque, allí, de la rama horizontal de un árbol, arrojan una cuerda...

—¡Arriba!... ¡arriba!—grita una voz espantosa....

¿Y qué es esto que ejecutan aquellos hombres?... Sugetan á un ser,—que marcha tranquilo, severo y sombrío,—á un extremo de la cuerda... otros hombres envueltos en las sombras, tiran de la cuerda, gritando con furor:

—¡Arriba!... ¡Arriba!... ¡Que se retuerza, que se retuerza!...

El hombre de la cuerda, aquel que marchaba erguido, solemne y tranquilo, levantó los brazos desesperadamente, lanza hacia el cielo azul obscuro el relámpago de sus dos pupilas de negro terciopelo, exclamando con un acento vibrante que hizo estremecer los sonoros platanares de la selva!

—¡Ah *Malinche!*... ¡Ah *Malinche!*... ¡oh Hernán Cortés, caudillo de los hombres hidalgos y caballeros, me diste tu palabra de honor de guardar íntegra mi vida y mi honra... ¡que el *Gran Señor del Mundo* en quien tus sacerdotes me hicieron creer, te tome en cuenta esta hazaña digna tuya!... ¡Bien, *Malinche!*...

...Las últimas palabras se perdieron en el si-

lencio de la noche... pasó una ráfaga que hizo susurrar las copas de los árboles y los abanicos espléndidos de las palmas y de los plátanos, dis-



persando aromas y arrulios... ahogando la noche tropical el trágico estertor de aquella agonía estupenda!...

• • • • •

Los hombres de los vestidos de hierro tiraron de las cuerdas rugiendo sus recias palabras... se alzó el cuerpo de la víctima, sus brazos azotaron el vacío como aspas de molino; se retorció una negra silueta bajo la rama horizontal de un árbol... y quedó la efigie siniestra...

—¡Ya está!—gritó un hombre...

...Allá, á lo lejos, del tondo del bosque iluminado por la luna, surgió una voz estentórea, voz de mando muy conocida de todos aquellos verdugos.

—¡Amigos, deteneos!... ¡Deteneos, por amor de Dios!...

—¡Ya es tarde!—exclamó uno de los hombres.

—¡Maldición, maldición, maldición!

Así rugió por tres veces Hernán Cortes, acercándose al fatídico cuadro, mesándose los cabellos con rabia, amargura y desesperación...

¡Se arrepentía de sus ordenes!... Había mandado ahorcar á *Cuanhtemoc* y al *Señor de Tlacopan*, á quienes llevaba como prisioneros, en su viaje contra de su rebelde amigo Olid y se arrepentía momentos después de que los cuerpos de los caudillos aztecas pendían de los árboles!...

Los enormes plátanos y los magnos abanicos

de las palmas bañadas en plata y nieve por la fría claridad de la luna, cantaron el himno tropical de las noches deliciosas, pero con tristísima y lóbrega cadencia, murmurando, murmurando:

— ¡*Maldición, maldición, maldición!*

¡Oh valiente caudillo azteca, tu espantoso último suplicio es la eterna afrenta de tu enemigo el caudillo hispano, el capitán Cortés, que nunca, nunca dejó de oír en sus noches tristísimas de abstracción y delirio, aquel lóbrego y siniestro himno que cantaban los viejos plataneros y las palmas soberbias de los bosques, gritando, gritando:

— «¡*Maldición, maldición, maldición!...*»

¡Qué triste, qué sombría y lóbrega era en aquella noche de venganza y crimen, de asquerosa infamia, la silueta heroica de Cuahntemoc, oscilando pavorosamente de una cuerda, pendiendo de un árbol!

¡La horca para el paladín épico!

¡Oh Cid, oh Pelayo!... .. ¡Mengua!

¿Por qué no surgisteis en aquella noche?...

Así clamaba, amiguitos, un viejo hidalgo español, sollozando de rabia y vergüenza, cuando supo aquella infamia...

FIN

Fray Bartolomé de las Casas
La Púrpura de la Traición
El Fin de un Héroe
El Incendio de un Alma
El Palacio de Coyoacan
El Rayo de Satanás
El Fantasma Carnicero
La Ciudad Subterránea
Las dos Princesas Sublimes
El Tazón de Oro lleno de Sangre
El Principio del Siglo en México
El Grito de Libertad
El Rayo de la Guerra
El Héroe del Sur y el abrazo de Acatempam
La Libertad de Mexico
Miguel Hidalgo y Costilla
El Héroe de Cuautla José María Morelos
Once Años de Guerra
La Victoria de Tampico
Los Héroes de la Guerra
Glorias del Pueblo ó el Hombre Cureña
El Año fatal ó los desastres de la Patria
La Invasión Norteamericana
La Guerra de Texas y la Heróica Veracruz
El Triunfo del Coloso y los Tratados de Paz

178